

Pronunciamiento de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”

Quinientos años de injusticia y utopía

Hace cinco siglos tuvo lugar un acontecimiento que cambió decisivamente la historia. Desde entonces se pudo hablar por primera vez de una única humanidad desde una perspectiva geográfica y, paulatinamente, también desde una perspectiva histórica. Esa novedad pudo haber posibilitado una unidad mayor y más fraterna de toda la familia humana, pero no fue así. La historia muestra más bien que ha sido una posibilidad fallida, que se han ahondado —ahora a niveles continentales— las diferencias y la opresión dentro de la familia humana. Más aún, entonces se empezó a formar lo que ahora llamamos “el tercer mundo” o “el sur”. Recordar y analizar este hecho es, pues, necesario para saber si y qué podemos celebrar en 1992, pero sobre todo para saber qué humanidad hemos hecho y qué humanidad queremos y tenemos que hacer.

1. El encubrimiento de América Latina en 1492

Puede discutirse hasta la saciedad qué es lo que realmente ocurrió en 1492, pero más allá de las intenciones de entonces y de las interpretaciones de ahora, el hecho fundamental no admite discusión. Poco después de su llegada, los españoles comenzaron a explotar los bienes y las vidas de los indígenas y ello por el afán de conseguir riqueza. Este es el hecho fundante de las relaciones entre los europeos y los latinoamericanos.

A pesar de las vigorosas protestas de beneméritos misioneros y de los paliativos suavizadores de la legislación española, unos setenta años después, una descomunal debacle había culminado: gran parte de la población indígena estaba en vías de extinción, un fenómeno sin paralelo

en la historia de la humanidad, cuya causas, sin duda, fueron variadas, enfermedades importadas a las que la población nativa no era inmune, pero también guerras, tratos crueles, migraciones inhumanas, durísimos trabajos... Y la razón de todo ello, que persiste hasta el día de hoy, fue el afán de enriquecimiento y la codicia de los europeos. Dieron muerte a los nativos sin miramientos, si ello era necesario para depredarlos. El oro —la verdadera blasfemia para cualquier humano y mucho más para cualquier cristiano— valió más que hombres y mujeres creados a imagen y semejanza de Dios. Junto al exterminio físico de pueblos enteros, destruyeron sus culturas, sus religiones, sus lenguas muy antiguas, variadas y ricas, y dieron comienzo a la infame esclavitud de los negros. Y penetrando todo el proceso, y aun en el caso de querer velar por ellos, se quiso privar a los pueblos indígenas de su calidad de sujetos de su propia historia.

Como todo escándalo genera su propio encubrimiento, se buscó ocultar todas estas realidades, y cuando llegaron a ser inocultables, se intentó justificarlas, lo cual también sigue sucediendo hasta el día de hoy. Para someter y depredar se argumentó de muchas y variadas maneras. En algunas ocasiones se dijo que los señores de estas tierras no eran sus dueños legítimos y que por ello los europeos podían ocuparlas. Se aducían sus malas y perversas costumbres, lo cual no sólo permitía, sino que exigía someter a los indígenas para liberarlos de ellas. Se asentaba su inferioridad humana, llegando hasta cuestionar o negar que tuviesen alma, y ya se sabe que cuando a los humanos se les niega el alma es que con más facilidad se quieren someter sus cuerpos. Se aducía la bula de Alejandro VI, en la que se delimitaban las zonas de dominio de españoles y portugueses. Y se llegó a afirmar que Dios había concedido a los españoles aquellas tierras porque ésa había sido su providencia o como premio a su lucha contra los infieles durante la reconquista.

No es ahora el momento de analizar la vaciedad y las falacias de estos argumentos, pero sí de recalcar cuántos y cuán variados fueron, cómo —aunque con fuertes protestas de algunos— la filosofía política y la ética, la antropología y la teología fueron puestas al servicio de una conclusión ya tomada: la decisión de los europeos de someter las tierras y las personas del nuevo continente en beneficio propio. Con principios teóricos intentaron encubrir y justificar inocultables y clamorosos hechos reales.

Cierto es que hubo también cosas buenas, pero ello ocurrió más como reacción —humana y cristiana— al escándalo y más como subproducto positivo de la lucha contra él, que como algo bueno, directamente buscado y planificado por los invasores europeos. Por una parte, comenzó la resistencia a desaparecer o dejarse matar de los pueblos indí-

genas y, positivamente, a mantener vivas sus lenguas, sus religiones, sus culturas, con una creatividad y firmeza que perdura hasta el día de hoy. Por otra parte, entre los españoles se originó una poderosa tradición teológica, filosófica y jurídica en defensa del nativo —verdadera opción por los pobres en aquel tiempo— y la generosa entrega de una generación de heroicos obispos y misioneros. De modo que, en este caso y a diferencia de lo ocurrido con otros países invasores, los españoles tuvieron que enfrentarse a la oposición intelectual y profética de algunos de sus propios conciudadanos. Así, cuando el concilio de Trento repensaba la fe cristiana para Europa, en América Latina se redescubría al Dios de las víctimas en “los cristos azotados” y la presencia de Jesucristo en ellos.

Aun con estos hechos positivos, sin embargo, prevaleció lo negativo. La historia subsiguiente quedó configurada por la destrucción inicial y de los indígenas se hizo objetos más que sujetos de su propio destino. Visto, pues, en su conjunto, lo que ocurrió en 1492 fue un trágico descubrimiento que ha quedado descrito magistralmente por Ignacio Ellacuría. “Hace cinco siglos, con el ‘descubrimiento’ del llamado ‘nuevo mundo’, lo que realmente se descubrió fue lo que era España en verdad, la realidad de la cultura occidental y también de la Iglesia en ese momento. Ellos se pusieron al descubierto, se desnudaron sin darse cuenta, porque lo que hicieron respecto a la otra parte fue ‘encubrirla’, no ‘descubrirla’. En realidad es el tercer mundo el que descubre al primer mundo en sus aspectos negativos y en sus aspectos más reales” (“Quinto centenario de América Latina. ¿Descubrimiento o encubrimiento?” *Revista Latinoamericana de Teología*, 1990, 21, 272s).

2. Cinco siglos de injusticia

Lo ocurrido en 1492 no sólo fue un grave pecado entonces, sino que fue un pecado original y originante, pues desencadenó la codicia de otras naciones para venir a nuestro continente e ir a otros. Y lo peor es que se convirtió en cosa asentada y aceptada que lo que hoy llamamos “el tercer mundo” o “el sur” les pertenece. Las formas y los protagonistas cambian, por supuesto, pero no lo fundamental de las cosas. A españoles y portugueses sucedieron ingleses, franceses, holandeses, belgas y, después, estadounidenses, aquí y en otras partes del mundo. Y así hasta el día de hoy.

En estos cinco siglos no ha cambiado el interés fundamental que los países poderosos tienen en los del tercer mundo: lucrar y medrar, aunque sea a costa y en contra de los pobres, dueños legítimos, además, de lo que aquéllos quieren conseguir. La ambición se convierte de tal manera en ídolo que lleva a depredar y expoliar, y, cuando es necesario, a

guerrear y aniquilar, como lo muestran la multitud de invasiones de los pueblos del sur por parte de los del norte. Por recordar hechos recientes y cercanos a nosotros, mencionemos la presencia de Estados Unidos, bélica y, o militar, según los casos, en Grenada, Honduras, Nicaragua, Panamá y en nuestro país. Esto se ha hecho tan connatural en nuestro mundo que, aunque pueda causar enojo, no causa ninguna extrañeza que los países del norte actúen así con respecto a los del sur.

Cierto es que de esos países también nos han llegado avances y progresos —y bienvenidos sean por buenos y necesarios—, pero la finalidad primaria para traerlos no suele ser ayudar a las necesidades reales de los pueblos pobres —la vida de las mayorías—, sino dar cumplimiento a sus propios intereses, término sagrado e intocable, verdadero ídolo aun en aquellos países que se declaran secularizados. Y de hecho, lo que con mayor claridad y abundancia siguen trayendo los nuevos imperios es la imposición, sea a través de lo político, lo económico, lo financiero, lo cultural, sea en forma de democracia, neoliberalismo, entretenimiento... Con frecuencia, aun en las ofertas positivas y necesarias, como son las teorías de los derechos humanos, las teologías y las filosofías, tratan de dictar cómo tenemos que pensar y actuar. Más piensan en sí mismos y en sus intereses que en los pobres de este mundo y sus necesidades.

Para facilitar este movimiento imperialista, en los países del norte se fomenta la ignorancia, el desinterés y hasta el desprecio hacia al tercer mundo. Su interés más real no son los seres humanos, sino sus lugares de turismo, sus materias primas, su mano de obra barata, su lejanía geográfica para desechos tóxicos, los cerebros y profesionales conseguidos —sin mucho costo— de entre los emigrantes.

Hoy es más fácil que los seres humanos nos conozcamos mejor unos a otros, pero esto no significa automáticamente que estemos más unidos y, sobre todo, que vivamos en mayor justicia y fraternidad unos con otros. En 1992, la humanidad está bien reflejada en la parábola que contó Jesús de un rico muy rico, Epulón, que banquetecía todos los días, y de un pobre muy pobre, Lázaro, que quería hartarse de las migajas que caían de la mesa. Un informe de Naciones Unidas, hecho público recientemente, dice que los más ricos de este mundo valen de ochenta a cien veces más que los más pobres, pavorosa injusticia, pues, pero que además va en aumento: la brecha entre ricos y pobres no sólo no ha disminuido, sino que se ha duplicado entre 1960 y 1992. Lo fundamental de estos datos puede aplicarse muy bien a América Latina, de modo que, desde el norte, nos piden paciencia y nos ofrecen las migajas de Epulón, las cuales, dicen, irán creciendo poco a poco.

No han cambiado, pues, mucho las cosas desde 1492. Todo o casi todo se hace en provecho propio, aunque sea a costa de los países po-

bres. La diferencia está quizás en que ahora ya no hace falta justificación para ello, porque todo el mundo da por supuesto —le guste o no— el sometimiento, la imposición y la depredación. Resumámoslo de nuevo con palabras de Ignacio Ellacuría. “También hoy podemos decir con toda verdad que el primer mundo se acerca al tercero, globalmente, de esa misma forma y con esas mismas intenciones. Y también viene con un ropaje ideológico que no pretende otra cosa sino encubrir, de una manera bonita, sus intenciones reales. Las naciones poderosas de hoy nos dicen que vienen al tercer mundo para hacernos ‘ricos’ y para hacernos ‘demócratas’. Pero estas generosas proposiciones encierran un proyecto político y económico muy distinto... La democracia, tal como la defiende Estados Unidos, es falsa, engañosa, no les importa absolutamente nada como valor universal... Donde con mayor claridad se pone de manifiesto no es en el lugar donde se sacan todos los provechos de ese sistema, sino en el lugar donde necesita estar conquistando y dominando para mantener su estructura de poder” (Ibid., 273s).

3. Revertir la historia: solidaridad

Ante todo esto no es de extrañar que en este quinto centenario muchos, con toda razón, desean y esperan que el primer mundo y las iglesias pidan perdón a los pueblos indígenas y a los pobres y oprimidos del continente. Sólo quisiéramos recordar que la confesión del pecado, con ser tan difícil, no es ni lo único ni lo fundamental para conseguir el perdón. Para ello hace falta, además, propósito de enmienda, cumplir la penitencia y reparar. En otras palabras, hace falta revertir la historia.

Y en especial hay que tener lucidez sobre su absoluta e imperiosa necesidad. El modelo de progreso que nos ofrecen en el norte no es deseable por inmoral, pues está centrado en el egoísmo y basado sobre multitud de víctimas y cadáveres. Ese progreso, además, no ha humanizado ni a los países ricos ni a los países pobres. Pero aunque fuese deseable no es posible, pues en el planeta no hay recursos suficientes —y menos de la forma en que se está destruyendo— para tal tipo de progreso. El ciudadano promedio estadounidense vale por cincuenta haitianos y no hay recursos para que los haitianos y los 3,500 millones de pobres alcancen los niveles de vida de los ciudadanos de Estados Unidos, Europa, Japón... Lo que no es universalizable no es ético, y —por definición— no es humano ni puede ser solución para las mayorías.

Hay que revertir, pues, la historia, aunque no es nada fácil hacerlo. Ahora, en 1992, volviendo la mirada hacia atrás, al menos tenemos que tomar la decisión de querer convivir como familia humana —utopía— o al menos de querer sobrevivir —necesidad. Lo que en términos de necesidad de sobrevivencia puede ser descrito como la convergencia de inte-

reses de todos, norte y sur, en términos de la utopía de la convivencia puede ser descrito como solidaridad. Esta solidaridad tiene que ser posible y siempre ha habido signos de ella.

En estos cinco siglos no todo ha sido injusticia y opresión impuesta. Por una parte, han sido siglos también de resistencia y de creatividad de los pueblos latinoamericanos, que han aumentado grandemente en los últimos años, tal como lo muestra la historia reciente de nuestro país: inmensa creatividad para sobrevivir, pero también para trabajar en común, luchar por la justicia, generar valores de verdad, esperanza, entrega, misericordia, amor... Por otro lado, en los países del norte han proliferado los grupos de solidaridad, se han generado nuevas corrientes de pensamiento, nuevos programas de ayuda y políticas nuevas de algunos gobiernos...

Mucho más hay que hacer, por supuesto, pero estas cosas muestran al menos el camino correcto para revertir la historia. Es posible una forma distinta y mutuamente beneficiosa para las relaciones entre el norte y el sur. Es posible relacionarse unos y otros en solidaridad, dando y recibiendo lo mejor que cada uno tiene. Es posible que América Latina llegue a ser en verdad el "nuevo mundo", pero nuevo no sólo por ser un mundo distinto al de 1492, resultado de la conjunción de etnias, lenguas y culturas, sino por ser un mundo justo y fraterno, un mundo de esperanza más allá de 1992.

Esta esperanza no es fácil, pero es real, y en este continente, muchos hombres y mujeres han dado su vida por ella. Como símbolo de todos ellos y de todas ellas, en la cercanía de su tercer aniversario, recordemos a los ocho mártires de la UCA, salvadoreños y españoles, hombres y mujeres, trabajadoras e intelectuales, seglares y sacerdotes, que vivieron y murieron por un nuevo mundo que fuese en verdad un mundo nuevo.

Revertir la historia es posible y es, sobre todo, necesario. Esta posibilidad, hecha de mucha entrega y esperanza, de mucho sacrificio y amor, es lo que podemos celebrar y a lo que todos nos tenemos que comprometer en este quinto centenario como latinoamericanos, europeos y norteamericanos, como humanos y como cristianos. A ello nos impulsan la esperanza de los pobres y de los mártires, como lo proclamó Ignacio Ellacuría diez días antes de su muerte martirial a modo de testamento. "Sólo utópica y esperanzadamente puede uno creer y tener ánimos para intentar con todos los pobres y oprimidos del mundo revertir la historia, subvertirla y lanzarla en otra dirección" ("El desafío de las mayorías pobres", ECA, 1989, 493-494, 1078).

San Salvador, 8 de octubre de 1992.